

La curiosa historia de los “ex-libris”

Escribe: EDUARDO SANTA

1. LA VISION DEL FUEGO ETERNO

En la pequeña aldea alemana de Biberach vivía hacia 1480 cierto monje erudito llamado Hildebrando de Brandenburgo, permanentemente atormentado por la visión del fuego eterno y las cadenas tremantes del infierno, a cuyo resplandor creció, como una sombra proyectada hacia la eternidad, la angustia del hombre piadoso de la Edad Media. Este monje atormentado tenía la mejor biblioteca de la aldea y a fuer de muchas economías y privaciones había logrado adquirir preciosos manuscritos, especialmente libros de horas, biblias, breviarios, misales, salterios, antifonarios y algunas obras de teología, medicina y jurisprudencia, bellamente escritas en la mejor caligrafía de escribas profesionales y decorados por iluminadores que dibujaron con vistosos colores letras capitales, adornadas con cálices, peces litúrgicos, hojas de vid y esbeltos tallos de trigo.

El hermano Hildebrando a los únicos bienes terrenales a los que se sentía verdaderamente atado era a aquellos manuscritos que no solamente leía y recitaba de memoria sino que también, acariciaba con lujuria en las noches de estío y, también, en las noches de invierno, al pie del tibio hogar de su celda. Pasaba y repasaba sus manos sarmentosas, especialmente por aquellos finos y delicados lomos y pastas de piel que protegían sus tesoros escritos, con pagana delectación. Era, pues, el hermano Hildebrando, un verdadero bibliófilo y cuidaba con exceso de celo aquellas ánforas de sabiduría, aquellas verdades reveladas por la mente divina, y aquellas ingeniosas concepciones metafísicas que ocupaban su mente a toda hora. Por aquellos libros que acababan de salir de las prensas de los primeros impresores europeos, entre el asombro y el estupor de las gentes letradas, sentía, en

cambio, cierto desdén, al compararlos con sus bellos manuscritos. Estos eran verdaderas obras de arte, en tanto que los que ahora se vendían por centenares, impresos en papel, merced a ciertos medios mecánicos, eran en cambio vulgares engendros, hijos de la comercialización, del afán de lucro, y le parecían ordinarios, indignos de compartir los anaqueles con sus manuscritos, hechos con arte y maestría para que perduraran por los siglos de los siglos. De los libros impresos solo conservaba unos pocos salidos de las prensas de Gutenberg, de Elzevir y de Manucio, no ocultando por ellos cierto menosprecio y considerándolos apenas como novelerías pasajeras.

Una noche, el hermano Hildebrando estaba en su pequeña celda, sentado frente a la celosía enrejada, a través de la cual podía contemplar la noche estrellada y percibir el rumor de la fuente de piedra en el jardín, repasando las páginas de su libro de horas preferido, después de largas horas de oración y penitencia, cuando tuvo el presentimiento repentino de su próxima muerte. De improviso vio brillar ante sus ojos el resplandor del fuego eterno, como tantas otras veces, pero ahora ese fuego era alimentado por las hojas de todos sus hermosos libros, guardados con egoísmo, leídos con soberbia, exhibidos con vanidad y acariciados con lujuria. Entonces encontró de inmediato, también, el medio para apagar aquellas llamas que, a manera de barrera peligrosa, le impedían tomar el angosto camino que debería llevarle al paraíso, donde encontraría la fuente capaz de saciar aquella sed terrible por conocer lo eterno.

Se acomodó mejor en su modesta silla de madera de los bosques del Elba y, apoyando el trozo de pergamino sobre la superficie inclinada de su pequeña mesa, escribió con letra menudita y pareja una carta al prior de la Cartuja de Bruxheim, ofreciéndole gratuitamente todos sus tesoros bibliográficos para uso de los monjes de la austera orden de San Bruno. Era el único medio de librarse de aquella barrera de llamas que frecuentemente se presentaban amenazantes ante su vista.

Al recibir respuesta del prior de la Cartuja, el hermano Hildebrando sintió a la vez un gran dolor de despojarse de lo que más amaba, y un gran placer de saber que sus libros quedarían al servicio de otros hombres que, como él, buscaban el camino verdadero. Pero, a pesar de todo, no pudo despojarse por completo de cierta vanidad, y resolvió dejar en todos ellos su sello

personal. Consideró importante vincular su nombre a todos los grandes sabios que habían escrito aquellos libros, y a todos los artistas que habían dibujado esas viñetas, pasar con ellos también a la posteridad y dejar testimonio de haber sido el propietario de esos tesoros que ahora iban a ser para siempre de la comunidad cartujana.

El hermano Hildebrando se dedicó, entonces, a confeccionar pequeñas etiquetas de papel muy fino, y sobre ellas empezó a hacer delicados dibujos que representaban su escudo heráldico familiar sostenido en el aire por varios ángeles con alas de paloma. Y debajo de ellos su propio nombre: Hildebrando de Brandenburgo. Varias semanas duró el monje haciendo esas pequeñas etiquetas, tratando de emular los dibujos y viñetas de los iluminadores y, cuando ya las tuvo listas, las pegó al dorso de las bellas carátulas de piel. Así, pues, con su propia marca, estimada por él como obra de arte, envió los libros a la Cartuja de Bruxheim y se quedó esperando una muerte tranquila como lógico final de una vida aureolada por el sacrificio, la abnegación y el desprendimiento. Jamás volvió a ver aquella barrera de llamas alimentadas por miles de hojas de pergamino y de papel que integraban sus ricos volúmenes. Así nació, pues, ese precioso invento, tan codiciado por bibliófilos que tomó el nombre de **ex-libris**, es decir, **de entre los libros de**, indicativo de la propiedad del mismo.

Aquello que el hermano Hildebrando hizo en 1480 iría a ser imitado en el futuro, especialmente por los nobles señores que coleccionaban libros en sus castillos y fortalezas inexpugnables, aunque no supieran leer, por los monjes en los silenciosos monasterios, cenobios y abadías, y, más tarde, por las gentes ricas que posaban de cultas, aunque carecieran de abolengo, y, con el correr del tiempo, por los eruditos, los artistas, los escritores, en fin, por toda clase de bibliófilos. El **ex-libris** se convertiría así en parte del libro de limpia y noble procedencia, aumentando muchas veces su valor histórico y artístico.

2. LOS REMOTOS ANTECEDENTES

Sin embargo, el invento del monje tenía sus remotos antecedentes. Como todo invento y toda iniciativa, en este mundo de la cultura, con raíces tan hondas y a veces tan ocultas que se hace necesario cavar y más cavar para llegar al fondo, donde los filamentos originarios se confunden con la tierra misma.

El primer antecedente conocido de los **ex-libris** se remonta al siglo quince antes de Cristo. Efectivamente en el Museo Británico, en Londres, se conserva una tableta egipcia de barro cocido y esmaltado en azul pálido, la cual contiene una inscripción jeroglífica de un color azul más intenso, que pone de presente su procedencia de la biblioteca del Faraón Amenofis III, el cual gobernó hacia el año 1400 antes de Cristo. Este tipo de tableta de barro se colocaba dentro de las cajas que contenían los rollos de papiro, para indicar su pertenencia. En la Biblioteca Vaticana existe, según nos cuenta el erudito bibliófilo Francisco Esteve Botey, cierto **ex-libris** procedente de Baviera, de 1188, con la efigie del emperador Federico I, el cual fue encontrado dentro de un códice que guarda la mencionada biblioteca. Algunos expertos bibliófilos consideran este documento como el verdadero primer **ex-libris** conocido en la historia. Y es verdaderamente significativo que haya sido en Alemania, la cuna del libro impreso y de la litografía, donde primero se hayan usado estos elementos. Sin embargo, a pesar de estos antecedentes, el primer **ex-libris** impreso fue el del clérigo Juan Krabensperg, el cual data de 1491, pues ya vimos que los del Hermano Hildebrando de Brandenburgo, fueron apenas modestas etiquetas dibujadas a mano.

De aquí en adelante la moda del **ex-libris** se va a difundir por todo el mundo culto. De Alemania pasará a Francia, a Italia, a Inglaterra y luego irá al Asia, especialmente a la China y el Japón. El gran artista, dibujante y grabador alemán Alberto Durero se interesará por el **ex-libris** y diseñará varios de ellos, muy famosos, difundiendo esta costumbre con el sello de su gran prestigio. Holbein Cranach, Chadoviieky, Mel, Zander y Hupp, artistas de renombre, también vincularán sus nombres a esta nueva modalidad del arte. En Italia, Miguel Angel, Leonardo de Vinci y Rafael dibujarán también bellos **ex-libris**. En Francia, un poco más tarde, Boucher, Eisen, Gravelot y Moreau el Joven, también practicaron el arte de diseñar y grabar **ex-libris**. En España fueron Francisco de Goya, Riquer, Tiradó, Renart, Cornet y Palencia, los artistas que vincularon sus nombres a esta actividad. En Inglaterra fueron Hogarth, Shorborn, Winnycomb, Baesecki, Harrewyn y Thomas Bewick quienes dibujaron célebres **ex-libris** codiciados por los más famosos coleccionistas.

Los primeros **ex-libris** tuvieron como motivo los escudos heráldicos de sus nobles propietarios pero luego, a medida que la

moda se fue extendiendo a otras capas sociales más bajas, aparecen los **ex-libris** con hermosos paisajes, castillos medievales, animales, flores, rostros humanos, imágenes de bibliotecas, objetos que nos dicen algo de las aficiones o características personales de sus dueños. En este curioso género artístico hay una variedad muy grande de estilos: desde los **ex-libris** irónicos o mordaces, hasta aquellos que, en cambio, nos muestran el lado amable y risueño de la vida. Entre las colecciones más célebres y curiosas hay una con motivos macabros donde la Parca aparece en muchas medrosas actitudes, ataviada a veces con su guadaña o su reloj de arena, entre los rastros de los abandonados cementerios, al pie de los derruidos mausoleos, o junto a las trincheras, con su casco de guerra, o bien al lado de una bella mujer que generalmente simboliza la juventud. También hay colecciones completas de **ex-libris** con monogramas, adornados con lambrequines en forma de hojas de cardo o de acantos estilizados, blasones, guirnaldas, flores de lis, corazas, yelmos, armas, banderas, gallardetes y otros elementos simbólicos. Es tanta la variedad de los motivos usados que los coleccionistas suelen clasificarlos por épocas, por países, por objetos, por las profesiones o actividades características de sus dueños y hasta por las condiciones de edad y sexo de aquellos. Ciertamente se confeccionaron y se confeccionan en la actualidad **ex-libris** para niños, generalmente adornados con dibujos de juguetes, de flores y de animales domésticos, y **ex-libris** para mujeres con jardines y otros elementos delicados y románticos.

3. UN CAPITULO OLVIDADO EN LA HISTORIA DEL ARTE

En realidad, son muchos y muy famosos los artistas, diseñadores y grabadores de **ex-libris** a través de la historia. Y son también muchas las grandes personalidades que han usado los **ex-libris**, como medios para declarar su propiedad en los libros, y, además, como elementos decorativos de estos. Reyes, emperadores, guerreros, políticos, filósofos, estadistas, escritores, pintores, artistas de cine, grandes financistas, bibliófilos de todas las condiciones y clases, han dejado su huella personal en los **ex-libris**. Entre estas grandes personalidades de la historia podemos citar a Bismarck, Victor Hugo, Edmundo y Jules Goncourt, Jovellanos, Mark Twain, Charles Dickens, Enrico Caruso...

Desde el año 1875 apareció en Europa la preocupación por coleccionar los **ex-libris** y grandes fortunas han sido invertidas en estas curiosas etiquetas. A partir de ese año se formaron en Alemania, Inglaterra, Francia, Italia, España, Estados Unidos y otros países, famosas asociaciones de ex-libristas y se empezaron a editar muchas revistas, libros y folletos sobre este curioso elemento que, aunque hijo de la vanidad humana, como tantas otras cosas de la cultura, se ha convertido en un elemento de importancia para el análisis histórico y sociológico de una época. Ciertamente en esas pequeñas etiquetas encontramos a veces el reflejo de una época, sus valores fundamentales, su sentido de la existencia, sus modas, usos, costumbres, los muebles, la arquitectura, las imágenes de personas y de lugares que han desaparecido. También es frecuente apreciar en ellos los gustos estéticos, la fe religiosa o la fidelidad a principios morales, políticos o filosóficos de sus dueños. En muchos de estos **ex-libris** encontramos leyendas, aforismos, eslogans y hasta versos o caricaturas que vienen a ser la crítica o la exaltación de esos sistemas, personajes y acontecimientos. Además, constituyen un testimonio personal de quienes han sido sus dueños, los cuales aunque no sean ilustres y poderosos, sino más bien bibliófilos modestos, condenados a la penumbra del olvido, fueron gentes que amaron el libro y que trataron de hacer más bella la vida con estos pequeños detalles que acusan un gran sentido estético y una concepción profunda de la misma. Pero si todo fuere poco para justificar la existencia de los **ex-libris**, bástenos decir que ellos constituyen un capítulo importante en la historia del arte, particularmente en lo que se refiere al grabado. Un capítulo tan bello, como que Durero, Miguel Angel, Goya y Rafael hacen parte de él, pero un capítulo que lamentablemente está por escribirse. Algún día los críticos y los historiadores del arte superarán esta inexplicable amnesia y nos contarán ese capítulo olvidado.

Entonces, veremos cómo detrás de esos escudos heráldicos, de esos bellos paisajes, de esos rostros antiguos, de esa variada simbología, hay manos de artistas famosos perfeccionando el arte del diseño y el arte del grabado y cómo por esas pequeñas etiquetas el barroco, el rococó y todos los demás estilos predominantes en las distintas etapas del arte van pasando unas a otras, como navegando lentamente en el interminable río de la historia.